

EL SEGUNDO DECRETO DE LA GUERRA A MUERTE

Autor: Pablo E. Victoria Wilches (Historiador, economista, Ex Senador y Congresista de la República de Colombia)

Bolívar estaba consumando su holocausto, el único del que, en realidad, se tuvo noticia alguna en América: *el español*, porque holocausto nunca hubo de indígenas consumado por españoles, sino de españoles por criollos, por los hijos que parieron vientres de madres españolas y voltearon sus cuchillos contra ellas y sus padres, amén de haber dado la espalda a la Madre Patria en sus momentos más angustiosos, invadida por el tirano de Europa. Este es el holocausto del que no se atreven a hablar ingleses ni holandeses, del que no se atreven a hablar los que tejieron la *Leyenda Negra* contra España, ni los propios independentistas, porque si lo llegaran a hacer tendrían que explicar por suerte de qué títulos tendrían los criollos más derechos que los nativos a permanecer en unas tierras que fueron conquistadas y cristianizadas por sus padres y sus abuelos; tendrían que mirarse al espejo y decidir si son más españoles que indígenas, si son más blancos que cobrizos, porque los que hicieron la revolución fueron los criollos blancos, aquellos que tendrían que haber renunciado primero a permanecer en esas tierras y devolverlas a sus antiguos moradores, antes de levantar la mano contra sus hermanos de sangre y conquista... Sí, mirarse al espejo y ver en esa imagen el reflejo vivo de sus antepasados antes de acusar que los españoles vinieron a robarlos, como si aquellos revolucionarios fuesen de procedencia distinta, como si hubiesen venido de la luna; porque quienes así levantan el dedo acusador están señalando a sus propios ancestros, a sus directos antepasados y, de contera, a ellos mismos... Porque, como Bolívar lo dijo, «*Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer...*»

Bolívar fue un estafeta del odio, un metafísico de la ignominia y orador preferido de la crápula, un estilista de la utopía, un refocilador libertino de sábanas ajenas, un matarife de cloaca, un César de iniquidades y discípulo preferido de Calígula, por todos los excesos y asesinatos que prohió... Era el más fidedigno émulo de Nerón, un Heliogábalo de apetitos bestiales e insaciables; en suma, era un hombre prehistórico.

El 15 de junio de 1813 en la ciudad de Trujillo Bolívar echaba atrás las consideraciones con los americanos que no apoyaran la Independencia y producía el segundo decreto de la *Guerra a Muerte* para conjurar la lealtad al Rey que mostraban los criollos de la clase media, los indios y los negros. Es sabido y reconocido por todos, que a estas alturas de la guerra la mayor parte de los venezolanos sostenía los derechos de España contra una minoría empeñada en lograr una independencia perfectamente impopular. El rebelde Campo Elías había recuperado Calabozo y hecho fusilar a cuanto colaboracionista de los españoles encontró en la población, continuando la política de muerte proclamada por Bolívar. Estas represalias tuvieron consecuencias funestas para la causa independentista, pues miles de llaneros se fueron pasando al bando realista del asturiano Boves, aterrados de lo que podían hacer los republicanos. Entonces, las fuerzas españolas seguían creciendo a la par que las

insurrecciones, pese a que el indio Reyes Vargas era derrotado en Cerritos Blancos, cerca de Barquisimeto. Al paso del comandante realista José Ceballos, procedente de Coro, sus fuerzas se veían engrosadas por cantidades de voluntarios que, en número de 1.700, se le sumaron a sus fuerzas de sólo 374. Eran los componentes de los ejércitos del indio Reyes Vargas y del padre Torrellas, más otras agrupaciones dispersas. Era de Coro de donde partía el mayor aliento a los realistas, pues esta plaza era capaz de convocar cualesquiera guerrillas contrarias a los insurrectos. La amenaza por el avance de Ceballos a los dominios de Bolívar se hizo evidente y angustiosa. El Libertador, en persona, salió a hacerle frente en Barquisimeto para evitar que se le cortaran las vías de comunicación con el occidente venezolano. El 8 de noviembre Bolívar se hacía presente en Gamelotal, donde se reunió el grueso del ejército dispuesto a batir a Ceballos. El 9 se puso en marcha hacia Barquisimeto, en cuya meseta se atrincheró el realista con 9 piezas ligeras de artillería y 1.050 hombres. Los republicanos contaban con 1.100 infantes, 200 jinetes y seis piezas de campaña.

La caballería bolivariana fue la primera en cargar contra los realistas. Se abrieron fuegos y la carga republicana de los jinetes no pudo ser detenida por un ala de la infantería realista, que cedió ante los atacantes. La victoriosa caballería entró a las inmediaciones de la ciudad y tocó campanas de victoria. Mientras tanto, las infanterías continuaban luchando en los otros frentes pero, súbitamente, alguien dio un toque de retirada entre las filas republicanas y los cuerpos retrocedieron, dando oportunidad a los realistas de envolver las líneas que se retiraban en desorden. En la huida los republicanos perdieron cerca de 1.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Hago notar, que por ser José Ceballos un oficial regular del ejército español los prisioneros rebeldes fueron tratados con misericordia y consideración, a diferencia de lo que ocurría cuando los prisioneros eran realistas. No sobra contrastar que desde Caracamate reaccionaba Bolívar ordenando a José Félix Ribas fusilar «*a todos los europeos y canarios y que hiciese marchar cuantos hombres hubiese en la ciudad de Caracas, con especialidad los jóvenes estudiantes*».

El 8 de diciembre de 1813 Urdaneta entró en Guanare y Bolívar en Valencia. Los pueblos que recorrieron estos generales permanecían desolados. Venezuela se iba convirtiendo en un país de pueblos muertos, gente en fuga y economía destrozada. Bolívar lo escribe el 7: «*la soledad espantosa que reina en los pueblos que ocuparon los españoles, las lágrimas de algunas pocas infelices mujeres por sus maridos, padres e hijos asesinados y cuyos cadáveres se hallan atravesados hasta en los caminos públicos, descubren manifiestamente sus proyectos y que eran los de un exterminio general de los habitantes*». Hay ciertos elementos de verdad en lo dicho, pero hay otros abiertamente contrarios a la realidad: Bolívar atribuye a otros lo que él mismo se había propuesto y era el *exterminio de los españoles*. Esto había suscitado una reacción equivalente por parte de los afectados. A pesar de lo afirmado, los republicanos no encontraban partidarios para engrosar sus filas revolucionarias; la opinión general permanecía firme con los realistas, por lo que cabe preguntarse si esa desolación no era causada por los propios insurgentes que, con hechos como los de Araure, iban sembrando la desconfianza y el terror entre los pobladores.

Fue por eso que el decreto de indulto del Libertador para todo aquél que se presentara al juez de su pueblo en el término de un mes, decreto divulgado por todo el territorio, no produjo ningún resultado en cuanto a engrosar la insurrección y revitalizar los ejércitos se refiere. La gente se aferraba al Rey como a un salvador del desastre, y al antiguo régimen, como un restaurador del orden y del progreso. Esa libertad no le decía nada. Tampoco valieron los buenos oficios del arzobispo Croll y Prat, quién a instancias de Bolívar, se dedicó a visitar pueblos y ciudades donde recomendaba acogerse al indulto decretado y predicaba la paz y la confraternidad. Bolívar mismo lo acompañó en la correría. Nadie respondió. Escribe el Arzobispo, pintando aquella dramática situación: «...*el hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios, y asesinatos, los incendios y devastaciones; la Virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando a su hermano para matarlo; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos, los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo americano; todo esto está en mi corazón. ¡Gran Dios, es acaso Venezuela aquella Nínive sanguinaria, al fin destruida y desolada!*» Esta comenzaba a ser, no una guerra de independencia, sino una guerra de asesinos.